

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera de Gerona, cuyo abono finalizó en 21 del próximo pasado, se servirán renovarlo á la mayor brevedad posible, sino quieren experimentar retraso, en el recibo de nuestro periódico.

Un literato.

Dicen que la abundancia de una cosa es lo que naturalmente causa su inmediato menosprecio, de modo que los diamantes no tendrían ningún valor si abundasen tanto como las arenas del mar; pero yo digo, con perdon de los filósofos y de los economistas, que la escasez de esta sentencia no puede tomarse en un sentido tan absoluto como ellos pretenden, porque desde luego viene á contradecirla el ejemplo de lo que sucede con los literatos, cuya escasa abundancia no amengua la consideración, con que generalmente son mirados por la sociedad, sin embargo de lo poco dignos que se hacen á los gozes de esta consideración, siquiera por lo inconsiderados que son con esta misma

sociedad de que forman parte y á la cual llaman necia, injusta y corrompida, como si ellos fuesen unos dechados de ciencia, equidad y virtud. Bien que ella se cuida poco de tales invectivas, y como madre cariñosa que toma á veces por gracias las malas palabras de sus hijos, á los insultos que aquellos la dirigen, corresponde con muestras de entrañable afecto y veneración; afecto y veneración de que todos participan en mayor ó menor escala segun el mérito ó la suerte de cada cual, porque el quid de la dificultad no consiste en escribir bien, sino en hacerlo, aunque sea mal. El caso es, tomar la patente de literato, que es cuanto hay que obtener, pues obtenida, resbala dulcemente la existencia del literato, marchando al grato arrullo de una ovación continua.

Aquí vé que le miran con asombrada curiosidad; allá nota que hablan de él con muestras de satisfactoria admiración; mas allá al pasar por una calle oye que dicen; «míralo, este es el autor;» y en otra parte se le acerca un conocido diciéndole «amiguito, se ha lucido V.,» mientras que por otro lado esclama uno de sus compañeros «si yo supiera lo que tú ¿habría de estar aquí?»

Además, en cualquier círculo donde se halla un literato, los circunstantes ó callan el pico, ó miden y remiden las palabras antes de soltarlas, y por supuesto aun así, siempre con la vista fija en él como solicitando la gracia de su conmiseración. Así su voto suele ser decisivo en todas las cuestiones, y mas cuando es llamado á resolverlas con la invitación de « á ver, V. que sabe mas que nosotros; díganos quien lleva razón en esta controversia. »

Pues ¿y entre las mugeres? ¡Oh! entre las mugeres el literato reina solo y sin rival. Es un ídolo envidiado por todas, y que se lo disputan como la posesión de un tesoro. ¿Qué mayor adquisición á los ojos de una muger que la adquisición de un literato, y mas si es poeta ó novelista?

Confieso mi debilidad; sin ser muger, y á pesar de mis años y de la despreocupación con que miro las vanidades de esta vida no he podido, hasta hace poco, dejar de pagar tambien el tributo de mi admiración á los brillantes destellos del genio de algunos literatos, y entre otros al de un sobrino mio, mozo de chispa, y de grande porvenir segun la opinión pública; y es que el tal sobrino tiene la singular habilidad de escribir sobre cualquiera materia con tanto desparpajo y desenvoltura, como si le fuera familiar el conocimiento de todas las ciencias, siendo así que la sublimidad de su instrucción no pasa de la que naturalmente puede haberle proporcionado la lectura de las obras de Dumas, Victor Hugo y Eugenio Sue, únicos autores con cuyas producciones ha tenido un poquillo de confabulación.

Dije arriba que hasta hace poco habia tambien rendido culto al talento de mi sobrino, y ahora voy á decir el porqué ya no se lo tributo.

Un dia se hallaba en casa, en una estan-

cia inmediata á la mia, junto con un compañero de su mayor predilección y confianza. La conversación giraba entre ellos sobre literatura, y mi sobrino instaba vivamente á su compañero para hacerle entrar en las trotes de escritor público; pero este, mas modesto, ó si se quiere menos atrevido, acabó por escusarse con su falta de estudios.

— Estudios! exclamó mi sobrino como maravillado ¡estudios! ¿Y para qué los quieres? ¿Acaso no hay libros que tratan de toda clase de materias?

— Y quién los entiende?

— ¿Por ventura están en griego? ¿Cómo nos las gobernaríamos sin su auxilio la mayor parte de los literatos? ¿Sabes que es lo que hago cuando me conviene en circunstancias dadas hablar de Méjico, de la China ó de cualesquiera otra parte del globo? Tomo un tratado de geografía; uno solo y nada mas, pues muchas obras á la vez no sirven mas que para confundir y hacer perder el tiempo; leo rapidamente el pasage que me conviene, lo extracto de cualquier modo, y ya me tienes con un artículo que, á costa de poco trabajo me acredita de geógrafo, dando además una idea aventajada de la universalidad de mis conocimientos. Y este mismo sistema lo aplico con iguales resultados á todos los demás asuntos que caen bajo la jurisdicción de mi pluma.

— Y esto solo basta para grangearse esa reputación literaria que tienes?

— No basta esto solo; hay otros varios medios mas ó menos directos para conseguirlo. Desde luego nuestra propia lengua es un auxiliar de que debemos valernos. Ante todo es necesario aprender de memoria el título de muchas obras literarias y científicas y el nombre de sus respectivos autores, especialmente extranjeros, para mentarlos oportunamente cuando llega la ocasión. Por supuesto nunca se ha de confesar

que uno no ha estudiado tal materia, y mucho menos que no ha leído tal ó cual producción: Esto no tendría perdon de Dios. El literato todo lo ha de haber estudiado, todo lo ha de haber leído: lo único que puede confesar sin ruborizarse, es que con el tiempo se le han olvidado algo las materias objeto de sus anteriores estudios y lecturas.

(Se continuará.)

El Tío.

A orillas de la mar.

A mi primo D. Carmelo de Villamartin Valiente.

La alta luna aparece,
Y murmura la brisa;
La fuente gratamente se estremece,
Y el agua al rielar el césped pisa.
Al pié de dura roca,
Que el mar le dá su espuma,
Se vé una jóven de enlutada toca,
Que envuelve el ancho velo de la bruma.
Sus ojos han vertido
De perlas un tesoro,
Y nadie con afan ha recogido
El manantial de su precioso lloro.
La faz languidecida
Revela hondo tormento
Que amarga los instantes de su vida,
Dejándola en completo desaliento.
El cabello esparcido
Por su espalda nevada,
Le presta aquel sombrío colorido
De un alma por la pena lacerada.
Inmóvil cual la noche,
Cual ella triste y fria,
Espera que la aurora rompa el broche,
Y lance de su seno el claro dia.
Mas ¡ay! vana esperanza;
Su albor á ver no llega;
Que el sol cuando despunta en lontananza,
Sus ojos un momento no le ciega.
Pues súbita locura
La asalta presurosa,
Que imprime en su semblante la amargura
Con mano despiadada y poderosa.
Y corre sin descanso
Por la arenosa orilla,
Mientras el aire bienhechor y manso
Con amor acaricia su mejilla.
Una bronca campana

De sí un toque desprende;
Y aquella calma de la noche vana
Con lúgubre sonido ya suspende.

Un grito, grito horrible,
Supremo, sobrehumano,
Con acento fatal, indescribible,
Se escapa de su pecho tan galano.

Y fija su mirada
En las salobres oías,
Oyendo con el alma horrorizada
Su ronco son al agitarse solas.

Y vé su fantasía
Un buque hecho pedazos,
Que pide en vano auxilio en su agonía,
Y tiende hácia el abismo sus dos brazos.

En vano, todo en vano;
Su esfuerzo es impotente,
Y oprime con la palma de su mano
El contorno suave de su frente.

Y mesa sus cabellos;
Destroza su vestido;
Y de razon perdida, los destellos
Demuestra con fijeza en su quejido.

Cansada, sin aliento,
De lucha tan intensa,
Murmura al desplomarse dulce acento,
Falto el sentido, y la razon suspensa.

El buque destrozado
Que mira en su locura,
La historia es de su amor tan desgraciado,
Que anubló para siempre su ventura.

Un tiempo fué dichosa,
Al lado de su amante,
Mas la suerte falaz y caprichosa
La dicha arrebatóle en un instante.

En noche despiadada,
Fatal, de fria luna,
Despidiose angustiosa y desolada
Del hombre que iba en busca de fortuna.

Mas apenas del puerto
El buque se alejaba,
Cuando escuchóse, con ruido incierto;
Que en una aguda peña se estrellaba.

Y aquel abismo frio
Tragóse en un instante
Lo que poco antes, con firmeza y brio,
Fué á deslizarse por su azul flotante.

La jóven de rodillas
Lo habia presenciado;
Y al ver de aquella nave solo astillas,
Se habia en su quebranto desmayado.

Cuando volvió á la vida
Su razon era poca;
Pues solo recordaba conmovida
Aquel á Dios postrero de su boca.

Mas desde aquel momento
Al sonar aquella hora,
Se lanza con pavor de su aposento,
Pues es de su locura precursora.

Isabel de Villamartin.

La granja de Kikellny.

Por A. Jadin.

(Continuacion.)

La señorita indicó con un gracioso ademán á la estrangera que tuviese la bondad de seguirla, y la condujo á una pequeña habitacion que presentaba un aspecto totalmente distinto de aquella en que habian estado. Llegaron á un cuartito, cuya ventana guardada de enredaderas, daba sobre un patio esmaltado de flores. Nada mas lindo y encantador que este pequeño santuario que parecia destinado al culto de las bellas artes. Delante de un pupitre habia un harpa, instrumento que entonces estaba en gran boga, y que ha sido destronado despues por el piano; junto á la ventana, un bastidor en el que se veía un trabajo de ejecucion admirable; mas lejos, sobre un caballete, un cuadro cuasi acabado, representando un paisaje de los alrededores: una biblioteca arreglada con cuidado cubria la pared que habia quedado libre: todo era elegante y gracioso en este pequeño templo. La jóven tomó el harpa, y despues de haber ejecutado un hermoso preludio, cantó con su voz argentina y melodiosa cuyos acentos llegaban al alma, una pieza italiana de gran efecto.

La estrangera quedó absorta. En verdad señorita, la dijo, voy cayendo de sorpresa en sorpresa. Cuando vine á llamar á la puerta de esta casa creí entrar en la de unos labradores, y juzgue V. cual será mi admiracion, al verme transportada de repente en el templo de las artes, cuya Musa tiene la amabilidad de hacerme los honores....

¿Pero dígame V. señorita, quién en esta morada aislada ha podido iniciarle en los secretos de todas esas habilidades, que envidiarían tantas y tan nobles señoras?

—Mi mamá.

Su madre de V.! pero acaban de decir, si no he comprendido mal, que estaba ocupada en los trabajos del campo!

—Si señora: hace recoger el heno.

—Ella hace recoger el heno!....

—Y cuando lo habrá hecho arreglar todo en el patio, vendrá á darme lecciones de música, de pintura, de historia, y de bordado. Durante el dia yo estudio y aprendo: por la noche le enseñé mi trabajo, ejecuto la pieza de música que me ha señalado para este dia; y cuando está satisfecha de mi aplicacion, lo que sucede cuasi siempre, por que yo hago todo lo que puedo para complacerla, me dá un abrazo, y el dia siguiente volvemos á empezar.

—¿Son Vds. de este pais?

—No Señora, somos francesas.

—¿Francesas! y habla V. con tanta pureza el inglés y pronuncia el italiano como una romana! Esto es increíble Señorita! La noche avanza; la tempestad ha calmado y me veo obligada á dejarla á pesar mio, pero permítame esperar que no tendré que aguardar una nueva tempestad para volver á ver á V. y á su mamá.

—Señora, si tiene V. la bondad de acordarse de la granja de Kikellny, esté V. segura que siempre será en ella bien recibida, haga ó no buen tiempo.

—Terminado este afectuoso despido, la señorita volvió á montar á caballo y partió. Acordaos dijo á su escudero, al tiempo de salir, del camino de esta granja, porque quiero volver á ella.

El tiempo se habia puesto magnífico, la brisa de la noche estaba embalsamada de esos perfumes que se esparcen por el airé despues de una tempestad. El sol estaba próximo á su ocaso, y sus rayos oblicuos hacian brillar como otros tantos diamantes sobre cada hoja, y sobre cada yerva, las gotitas de agua que habian quedado en ellas. Cuando llegó la hora en que cesan las labores del campo, la jovencita siguiendo su costumbre, salió acompañada de su vieja criada para ir á esperar á su mamá que halló cerca de la granja. En cuanto la vió corrió hácia ella, y despues de haberle dado un abrazo, le dijo con mucho cariño:

—Mi querida mamá, te has mojado mucho?

—No mi querida Amelia; esas buenas gentes, le dijo señalándole á los trabajadores que la seguían, han hecho con las ramas de los árboles un abrigo debajo del cual he podido guarecerme de la tempestad; y tu has tenido mucho miedo de los truenos?

—Menos que lo de costumbre, porque yo no estaba sola y hablaba.

—Tu hablabas, y con quién?

—Con una señora que entró para librarse de la tempestad. Hacía un tiempo tan espantoso que hubiera sido una crueldad negárselo.

—¿Y quién era esa señora? dijo la madre mirando á la vieja criada.

—Una señora de modales muy distinguidos y de una educación la más esmerada, contestó la vieja, tanto que era imposible recibirla en la antesala.

La joven contó sencillamente á su madre todo lo que habia pasado entre ella y la desconocida, sin olvidarse de decirle que debia volver pues deseaba conocerla.

Esta visita no se hizo esperar mucho tiempo; pues apenas se habian pasado algunos dias, cuando un magnífico carruaje se paró delante de la granja, del cual bajó la señorita. Amelia corrió á su encuentro, y la introdujo en seguida en la habitación de su mamá.

Dispense V. señora, mi visita quizás inoportuna, dijo la estrangera; crea V. que no es una vana curiosidad la que me vuelve á conducir á esta casa, y solo sí el deseo de conocer mejor á una señorita que por su gracia y habilidades, tan raras en este pais, me ha inspirado el más vivo interés.

—El corazón de una madre, señora, no puede dejar de experimentar un verdadero placer cuando ve el cariño que se manifiesta á su hija, al objeto de su amor, á aquella que es á la vez su orgullo y su consuelo. Permítame V. pues que le dé las gracias por todo lo que acaba de decirme.

—Señora, debe V. encontrar una recom-

pensa bien dulce de sus cuidados, en el cariño de su hija.

—El cumplimiento de un deber trae siempre en sí mismo la recompensa, y como acaba V. de decirlo señora, la mía es muy dulce!.... Obligada por circunstancias lamentables á retirarme de la sociedad, he querido que mi hija, que tal vez algun dia volverá á frecuentarla, pudiese presentarse con todas las ventajas que proporciona una educación esmerada. Yo no he sido siempre arrendadora; como las desgracias de estos tiempos....

—Lo sé, señora: es V. francesa, y la revolución que ha ensangrentado su pais ha sin duda destruido también las esperanzas?

—Ha destruido una parte de mi felicidad. Hija de una noble y rica familia, me casé con un caballero que tenia un puesto muy distinguido en el ejército. Todo me hacia esperar que mis dias pasarian, sin que nada fuera capaz de turbar su calma. Persuadidos que para conservar la felicidad es preciso disfrutarla en el seno de la familia, mi esposo y yo teníamos la intención de huir del esplendor del gran mundo, y de consagrarnos á la educación de nuestra hija, cuando estalló la revolución.

M. B.

(Se continuará.)

Las parábolas del divino Maestro.

Los talentos.

Cierto hombre sábio, poderoso en bienes, los reparte á sus siervos y allegados, al arrostrar de un viage los vaivenes, que emprende solo á climas apartados. Cinco talentos, dice al uno, tienes, dos á tí y uno á tí; son sus legados, segun la fuerza, en cálculo oportuno, y la capacidad de cada uno.

Dobló la suma en útiles agencias el de los cinco, probo y entendido, también un doble obtuvo de existencias el de los dos talentos, complacido.

Sin darse el otro de labor á urgencias
que un talento no mas ha recibido,
lo sepulta con calma satisfecha
y el lícito comercio no aprovecha.

Vuelve el Señor, tras varias circunstancias,
y sus dos ápicados servidores
capital le presentan y ganancias,
y él los colma de aplausos y de honores.
Comparecé el tercero á sus instancias,
tardío cual los malos pagadores,
y á sus pies deponiendo su talento,
le dice así con perezoso acento:

Señor, yo sé que dó no habeis sembrado,
pór ser un hombre rígido y austéro
cosecha recogeis: entré en cuidado
y por eso enterré vuestro dinero.
Tomad, hé aquí lo que me habeis dejado,
Dijo: y responde su Señor severo:

«Siervo malo y cobarde, ruin despojo,
si donde yo no siembro, allí recojo:

Si sabes esto, dí, cual no lo ocultas,
¿por qué á ganancia en lícito progreso
no has puesto ese dinero, que sepultas,
para ofrecerme un doble á mi regreso?
¿Y osas venir aquí cuando me insultas
de la desidia sucumbiendo al peso?

Arrojarmé ese siervo vago y tonto,
á las tinieblas exteriores pronto!»

Y fué privado el mísero al instante
de la luz para siempre y de la vida,
sin morir en el báratro, no obstante,
que la vida del cielo es la perdida.
No ver ya nunca el divinal semblante
es la pena de daño establecida,
superior del sentido á la honda pena....
y de entrambas arrastra la cadena!

El talento que al alma Dios conceda,
debe en obsequio suyo aprovecharse,
y así le desagrada el que atrás queda,
como el que intenta audáz traslimitarse.
¿Cuál la regla será cuando suceda
al alma triste en dudas abismarse?
la humildad y oracion, virtudes claras,
que difunden su luz ante las aras.

¿Cuántos ejemplos no se agolpan, cuántos
de varones ocultos en desiertos,
que del mundo arrojaron los quebrantos,
después que al mundo se creyeran muertos?
Y por esta parábola son santos,
y allá en sus soledades descubiertos,
tuvieron que dejar las soledades,
aceptando ofrecidas dignidades.

El enterrar los celestiales dones,
el retener su gracia inútilmente,
de aquellos humildísimos varones
con pánico terror hirió la mente.
Repugnaban sus mansos corazones
el esplendor de un mundo maldiciente,
mas un eco intimídales sagrado:
el que enterrá el talento.... es condenado.

Sin especial inspiracion del Cielo,
¿podrá de la Tebayda el hermitaño,
por mas que asome de piedad modelo,
negarse á dirigir un fiel rebaño?
Nadie remonte mas allá su vuelo;
nadie se quede mas acá en su daño,
y si en la duda zozobrase el alma,
consulte á Dios.... y volverá la calma.

Variedades.

Monumento histórico.—De Marburgo escriben á la *Gaceta de Augsburgo*: «Parece que se ha encontrado el anillo de boda de Martin Lutero, el cual consiste en una sortija sencilla, con un rubí en forma de cruz y los instrumentos de la pasion. Léese además la inscripcion siguiente: *D. Mariano Luthero Catharina á Bora.*

Hallazgo de otra especie.—Vá á entrar muy pronto á cantar en el gran Teatro Imperial de la ópera francesa un artista, con admirable voz de barítono, que no hace mucho tiempo era simple jardinero al servicio del ministro de Estado, M. A. Fould, quien al oírle cantar canciones populares en su jardin, notó el mérito de su voz, y oido el dictámen de grandes artistas, le puso maestros y le ha designado esta carrera, en la cual parece que se fundan esperanzas por parte del neófito.

Origen de la palabra fonda.—El nombre *fonda*, por el que en español entendemos ahora una casa en la que se da de comer y alojamiento, se deriva de la casa *fonda* inmediata á Santa María del Mar que existia aun hace pocos años en la ciudad de Barcelona. Esta casa de posadas ó *fonda* se llamó asi por ser verdaderamente *honda*, *baja* ó *fonda*, como se llama en catalan, á la que se bajaba por algunos escalones. Contaba de antigüedad este establecimiento mas de trescientos años, y le planteó la familia *Zanotti* y compañía, dueña de ella, procedente de la Rivera de Horta en Italia, obispado de Navarra, reino de Cerdeña.—Con la familia *Zanotti* se hallaban asociadas la de Gippini y Prevosti.

De una inscripcion que se leía en la parte de atrás de dicha casa *fonda*, sobre la pla-

zuela en que antiguamente habia el *cementerio* llamado *de las Moreras*, por las que habia plantadas en él; parece deducirse que se estableció, ó tal vez se dió ya mas ensanche á la referida casa en el año 1571 que es el de la fecha. De otra resulta que se reedificó en 1750.

Música mónstruo.—Tal será la que producirán la orquesta y los cantantes de la gran fiesta de Handel, en Lóndres, donde se harán oír 2,000 voces y 2,500 instrumentos. Habrá un tambor mónstruo, construido expresamente para esta fiesta, el cual tiene de 6 á 7 piés ingleses de diámetro. El día 12 de Junio último, hubo ensayo en Exeter-Hall, para los coros. Las compañías de ferrocarriles organizan en todas partes trenes de recreo, para concurrir á esta brillante solemnidad musical.

Epigramas.—La mejor manera, Lola,—de que te respete el mundo,—dice á su mujer Facundo,—es que nunca salgas sola.—Y Lola, que es obediente,—si sale cuando él está—en la oficina, no vá—sola; va con un teniente.

—Juana Perez y Comella,—natural de Andalucía,—quiere servir de doncella;—ó si no, de ama de cria.

—A la fuente del Tomillo, por agua va Niculasa,—y siempre se vuelve á casa—sin agua en el cantarillo.—Ella dice que lo fragua—el demonio, pero ¡quíá!—cuando va á la fuente, va—á todo, menos por agua.

Por complacer á uno de nuestros amigos, insertamos la siguiente poesía, escrita en el siglo pasado, y la cual es poco conocida.

DÉCIMA ANTIGUA.

Tocando la lira Orfeo
Y cantando Jeremías
Bailaban unas folias
Los hijos del Cebedeo;
En esto el Dios Himeneo.
Viendo á la casta Susana
Que arrimada á una ventana
Se rascaba la mollera,
Esclamó, ¡oh quién te viera.
Gran Duquesa de Toscana!

GLOSA HECHA EN MONTEVIDEO TITULADA
LA METROMANIA.

La tribu de Neftalí

En pós de los argonautas
Salió un día al son de flautas
Declinando el *quis-vel-qui*;
Y estando en el Potosí
Neutón parando rodeo,
Tiró al aire el solideo
Y dijo al Rey de Loango:
Callen, que está en un fandango
Tocando la lira Orfeo.

David cual loco de atar
Se arremangó la chaqueta,
Y dió con su arpa en la geta
Un golpe al rey Baltasar;
Guerra! guerra! gritó Agar;
Guerra! guerra! el Cid Rui-Díaz,
Mas para evitar porfias
Celebraron un festin
Tocando Homero el violin
Y cantando Jeremías.

Dido empezó con Sansón
Bailando la media caña,
Y por darse poca maña
Se le rompió el peineton:
Danzó en seguida Escipion
Con Betzabé la de Urias,
Sesostris con Matatias,
Y entretanto en un desván,
Pompeyo, Jerges y Adán
Bailaban unas folias.

Picado Numa Pompilio
Casi se rompen los platos,
Mas recordóle Pilatos
Las georgias de Virgilio;
Con su prudencia y auxilio
Terminó en paz el buréo,
Aunque al incauto Teséo
Con insolencia y descaro
Ganaron el ponche al *paro*
Los hijos del Cebedeo.

Tuvieron grande debate
Carlos Quinto con Patróclo
Sobre si es mejor el *choelo*
Que la *cuajada* ó el *mate*;
Vamos jugando al *uñate*,
Gritó entonces Clodovéo;
Y volviendo al regodeo
Tocó la *gaita gallega*,
Cuando de repente llega
En esto, el Dios Himeneo.

Frunció Cupido el bigote,
Y echando al hombro su aljaba
Se fué á jugar á la *taba*
Con el sin par D. Quijote;
Resonó entonces el pote
Que hacia oficios de campana,
Y Asuero con su macana
Dió un garrotazo á Nebrija
Que estaba por una endija
Viendo á la casta Susana.

De resultas de este agravio
Mandó Belianis de Gaula
Encerrar en una jaula
Al Rey D. Alfonso el Sábio.
Mas luego César Octavio,
Terciándose la sotana,
Gritó á la Samaritana
Que al balcon salió en camisa,
Mejor te era estar en misa
Que arrimada á una ventana.

Viendo que ya con el vino
Todos iban dando en borra
Salió á vender *mazamorra*
El gran Sultan Saladino;
Recibióle el Rey Pepino
Con salvas en su frontera;
Mas Motezuma que viera

Atenciones tan prolijas,
Viendo al Sultán con botijas,
Se rascaba la mollera.

Jacob, sobre esta jarana
Escribió un libro de á fólio,
Y en lo alto del Capitolio
Bailó el ondú y la tirana;
Mas la princesa Rojana
Dió una cabriola tan fiera
Que cayó cuan larga era
Ante el ciego sin recato;
Y él, solo por el olfato,
Esclamó ¡ó quien te viera!
Por último, con Raquel
El buen escudero Sancho
Bailó un pericón con gancho
Tocando Ciro el rabél;
De la torre de Babel
Nemrot vino en una alfana,
Y porque le dió la gana,
O por su garbo y salero,
La nombró ante el mundo entero
Gran Duquesa de Toscana.

Crónica teatral.

Varias son las producciones que se han puesto en escena en nuestro teatro desde la anterior revista, producciones de que vamos á dar cuenta, cumpliendo con nuestra enojosa tarea de Cronista.

Fué la primera el drama original *Juicios de Dios*, de autor incógnito, aunque no falta quien asegura ser debida á cierto canónigo de cierta importante capital. El argumento es sumamente moral é interesante, y la obra, llevada á cabo con alguna maestría, al través de escenas llenas de animación, no carece de mérito. La versificación es generalmente fluida y armoniosa y el diálogo fácil y sumamente natural. Por lo que respecta á la ejecución, no lo hicieron del todo mal la Señorita Cuello y el Sr. Vilardebó. El Sr. Guerra estuvo cual suele en los papeles de enamorado galán. El Sr. Revilla hubiera estado mejor, si algunas veces no hubiese asainetado tanto su papel. Los demás hicieron lo que pudieron.

El martes se representó la comedia *La pension de Venturita*, comedia que sería muy linda á no estar tan recargada de chistes no de muy buen género, y algunos asáz groseros. De la ejecución poco podemos hablar, pues salió bastante igual por cuantos tomaron parte en ella.

El miércoles púsose en escena la comedia de los Sres. Eguilaz y Larra, titulada: *Una Virgen de Murillo*. Esta producción, bonita-

mente versificada, tiene un argumento que interesa, aunque hay algunas inverosimilitudes de bulto que lo afean. Sin embargo el célebre pintor, jefe de la escuela sevillana, está presentado con todo el carácter apasionado y sublime del artista, en cuya frente arde el fuego sagrado del génio. En el desempeño el Sr. Vilardebó y la Señora Massa comprendieron bastante bien sus papeles. El Sr. Guerra no se portó mal en el papel del hidalgo gallego. Los demás procuraron llenar su cometido.

El jueves se puso en escena la comedia en tres actos, arreglada del teatro francés al español por los Sres. Gil y Rossell, y titulada: *La alegría de la casa*; producción muy linda, verdadero cuadro de familia, en el cual el autor se esmeró en delinear algunas figuras que presentó bastante bien acabadas. El argumento muy interesante desde un principio lo lleva el autor hasta el fin con el mismo interés, desarrollándolo con maestría y ofreciendo escenas de muy buen efecto.

En cuanto á la ejecución, en general salieron airosos cuantos tomaron parte en ella. La señorita Cuello estuvo muy gachona en el desempeño del papel de Cecilia; pues, identificada en él, se presentó con naturalidad y con aquella graciosa desenvoltura que requería el carácter que tomó á su cargo: mas de una vez desapareció para nosotros la artista, ofreciéndose á nuestra vista la interesante niña de 16 años de la comedia. El Sr. Vilardebó tuvo también momentos felices. El Sr. Guerra se presentó mejor que otras veces. La señora Massa supo así mismo comprender su papel, haciéndonos ver á la afligida mamá, con su carácter grave y dominada por el dolor que le causaba interiores disgustos de familia. La Señora Segura, si hubiese tenido cuidado de no hablar algunas veces con voz chillona y desagradable, nos habría presentado mejor á la suegra de mal génio, á la suegra de irascible carácter, muchas veces origen de las desavenencias y discordias entre escelentes matrimonios.

El viernes, nos dió la compañía la repetición de la comedia del Sr. Larra: *Una nube de verano*, de cuya producción y desempeño hablamos en otra ocasión. En cuanto á este, no ha habido notable diferencia del de la primera vez.

Hermógenes.

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.